

Dios era mujer

Domingo Caratozzolo

Al desconocer el vínculo entre sexo y procreación, los hombres no sabían de su participación en el nacimiento de los niños. Este hecho suponía que la fertilidad era una característica exclusivamente femenina, por lo cual se asociaba a la mujer a los misterios de la vida y la muerte.

Innumerables cantidades de estatuillas dan testimonio de un culto a la fertilidad femenina y mostraban su figura con nalgas, senos y abdomen prominentes y una profunda hendidura vaginal representando a una diosa de la fertilidad. Son testimonios de una forma de religión donde lo femenino ocupaba un lugar de privilegio. Diosa madre generadora de vida cuya adoración se prolongó durante milenios.

En Anatolia, territorio de la actual Turquía, fue levantada la ciudad neolítica más antigua conocida como Catal Hoyuk (6600 a 5600 a C.). La diosa de esta ciudad era una estatuilla de arcilla cocida (6000 a C.) que representa a una Diosa Madre desnuda y obesa, flanqueada a ambos lados por dos leopardos y que está pariendo sentada en su trono.

Reina absoluta, miles de estatuillas nos hablan de su influencia y de los nombres con los que se la veneró: Ishtar en Babilonia, Astarté en Fenicia, Isis en Egipto, para dar sólo algunos ejemplos. Su culto se extiende hasta la Edad del Bronce y está ligado a la actividad agrícola en un mundo generoso que proporciona alimento y bienestar a hombres y mujeres que trabajan en armonía. Dice Regina Navarro Lins: “Si la imagen religiosa central era la de una mujer dando a luz y no, como en nuestra época, la de un hombre muriendo en una cruz, no dejaría de tener sentido deducir que la vida y el amor a la vida –en lugar de la muerte y el miedo a la muerte– dominaban tanto a la sociedad como al arte.”

Los siglos de paz durante los cuales hombres y mujeres vivieron en armonía concluyeron cuando un dios masculino decretó que la mujer era inferior al hombre y debía someterse a él. ¿Cuál fue la causa de este cambio? Se cree que cuando el hombre comienza a domesticar animales, cae en la cuenta que las ovejas aisladas no parían ni tenían leche y que además ello ocurría después de un tiempo predecible si el carnero montaba a la oveja. He aquí el descubrimiento de la participación del macho en la reproducción. Es más, un macho podía fecundar a muchas hembras.

Este descubrimiento produce un impacto tremendo en la humanidad. Después de miles de años en la creencia de que era la mujer quien tenía todos los atributos de la fertilidad y fecundación, los hombres comprueban que lo que fertiliza a la mujer es su semen y al descubrir su papel en la concepción comienza la participación de un Dios masculino que casi insensiblemente va mutando de compañero subordinado a amante de la Diosa, para, en tiempos posteriores, en base

al desequilibrio entre el hombre y la mujer, adquirir el rol principal, desalojando de los altares a la Diosa Madre y sustituyéndola por divinidades fálicas.

La mujer, generadora de vida, pasa a jugar un rol subalterno: es la encargada de cuidar y albergar en su útero la vida que emanaba del semen. Si originalmente el elemento sexual del culto eran los genitales femeninos, éstos van perdiendo valor con respecto al falo, ahora fuente del poder creador y objeto natural de adoración y fe religiosa.

Si lentamente se produce un viraje de una sociedad matriarcal a una sociedad patriarcal que domina nuestra escena social, en el más allá también tiene consecuencias: la Diosa Madre es sustituida por el Dios Padre todopoderoso.

La cultura judeo-cristiana introduce la idea de un solo Dios (posiblemente por influencias egipcias), creador del cielo y de la tierra y de la primera criatura humana: Adán. Dios pensó que no sería bueno que el hombre esté solo, y entonces, mientras dormía sacó una de sus costillas y con ella hizo a Eva. No sabía lo que hacía. Quizás por no tomarse el trabajo que empleó con Adán y fabricarla de manera tan descuidada, tan imperfecta, fue que ella tardó poco tiempo en caer en la lujuria y empujar al inocente Adán al pecado. Resultado: por su culpa fuimos expulsados del Paraíso.

Lejos ya de la entronización de la sexualidad como generadora de vida tanto en el culto a la Diosa Madre como en el culto al falo, la religión cristiana introduce el pecado original y la noción del acto sexual como algo vergonzoso, atemorizando a hombres y mujeres del mundo cristiano, cargándolos de culpa y vergüenza por sus deseos sexuales. Y aquí estamos.